

CAPITULO VII.

EN LA ALAMEDA, UNA NOCHE CLARA...

En la alameda, una noche clara, hablando con José Ugarte de los estupendos descubrimientos hechos por mí en casa de Lucio Blanco, José Ugarte me dijo lo que verás, inesperado lector, en las páginas siguientes. Pero para que esas palabras tengan el peso que tuvieron para mí, necesitas conocer primero a José Ugarte.

JORGE USETA (JOSÉ UGARTE.)

Jorge Useta se adhirió a la revolución el mismo día que se conoció la imperecedera actitud de don Venustiano Carranza. Para lograr ser admitido como colaborador de la revolución, pasó por trances difíciles y pruebas capaces de desalentar a cualquiera con menos fe y menos entusiasmo.

En esta época de improvisaciones y de mentiras, Jorge Useta es un caso raro: tiene talento, tiene valor civil, maneja admirablemente la ironía, es un observador sutil y su inmensa sinceridad está más allá de todas las conveniencias y de todos los prejuicios.

Jorge Useta, en México, debe ser llevado a una clínica por anormal. En efecto, a los que conozcan de cerca nuestra mo-

ralidad media y conozcan a este muchacho de cara fosca, de manos recias y de alma recta hasta la puerilidad, les causará la impresión de un enfermo y se alejarán de él temerosos de lo estricto de su virtud y de la intransigencia de su moralidad.

Este muchacho, cuyo retrato estaría hecho con decir que es un hombre fuera de este siglo y de este medio, no miente jamás: dice siempre, en cualquier sitio y a cualquier hora, lo que piensa y lo que siente. Ignoro si tiene ambiciones, porque jamás habla de medro ni de lucro. Yo no he escuchado de sus labios sino frases como éstas: es una grande injusticia; Fulano tiene razón; Mengano es un bellaco; «Zutano engaña a todo el mundo.»

A quien no conozca bien a este hombre positivamente diverso de los demás, quizá le parezca ponderativa esta descripción, pero debo advertir que estas líneas pecan de sobriedad. Temeroso de incurrir en hipérbole, me quedo muy corto al hablar de este joven revolucionario que tanto prestigia la revolución con la profundidad de su convicción y con la austeridad de su vida.

Ugarte fué el primer revolucionario que predijo la infidencia de Villa. Fué el único periodista, que, aun mucho antes de la infidencia, dijo del regresivo bandolero palabras restallantes y claras.

Ugarte cree en don Venustiano Carranza con toda su fe, y por la causa constitucionalista y por su jefe, irá, sin sueldo, hasta los últimos límites del sacrificio.

Este hombre se muere junto a su convicción: es un revolucionario que no tuerce su sinceridad y que camina inmutablemente hacia su fin.

Ugarte es de los pocos periodistas, yo casi no conozco ninguno, que escribe tan sólo lo que siente. No escucha consig-

nas ni oye recomendaciones; escribe la verdad, aun por encima de la conveniencia política. Pero sus ataques jamás son el dictado de un rencor personal o de una pasión pequeña; él puede equivocarse, pero, a sabiendas, no dice una sola mentira ni en el periódico ni en la calle.

Estos son los hombres que necesitamos: inteligentes y honrados. Los otros, los maestros de la intriga, los periodistas que no escriben una palabra que no sea en contra de sus enemigos personales, los escritores que se pasan la vida diciendo tonterías perversas, son los «desnuda-muertos de la revolución,» son el lastre de todos los hundimientos, el origen de todas las derrotas.

Ugarte es digno de todos los encumbramientos porque no sabe robar y porque sabe lo que hace.

Este mismo José Ugarte que acabas de conocer me dijo a mí en la alameda, en una noche clara: los peligros de una infidencia son ya una negra realidad, y no sólo es Villa el rebelde: José María Maytorena ha desconocido también al Jefe, con la circunstancia de que la conducta de Maytorena cuando se inició la revolución fué la de un cobarde. Quién sabe de donde le han salido los humos, porque cuando don Venustiano desconoció a Huerta, Maytorena se lavó las manos; pidió una licencia para evitarse el definir su actitud y dejó el Gobierno en manos de un hombre honrado y valiente, el general Ignacio L. Pesqueira. A la energía de este hombre fuerte débese en gran parte la noble actitud de Sonora.

La infidencia de Villa ha sido prevista por mí desde hace mucho tiempo y la creo inevitable. Hace mucho tiempo que vengo advirtiendo las pérfidas maniobras de los villistas. Estoy seguro de que estos hombres, de filiación, por lo demás, absolutamente antirrevolucionaria, harán cuanto puedan por destruir la autoridad de don Venustiano Carranza, en quien

ellos ven claramente el obstáculo formidable que se opondrá siempre a sus designios.

En toda esta labor de traición tan complicada como perversa, juega un papel importante Felipe Angeles, por quien yo he sentido siempre una gran repugnancia.

En mi concepto, la situación es clara y oscura: Villa, movido por los reaccionarios, más o menos definidos, acabará, cuando las argucias políticas de sus inspiradores fracasen, por sublevarse lisa y llanamente. Don Venustiano, que tiene una firmeza inconcebible, seguirá el noble derrotero que se ha trazado y correrá más sangre.

Fué después de estas palabras cuando yo vi en toda su pavorosa desnudez el nuevo drama que iba a desarrollarse en mi patria.

CAPITULO VIII.

Planeada en mi espíritu de manera tan evidente la situación, escribí acerca de la no-neutralidad de Aguascalientes, probando, en mis sentir, que toda la legalidad de la Convención radicaba en la neutralidad de Aguascalientes.

Publiqué más tarde *Don Enlaido I el Cándido*, líneas que honrarían a cualquier sibila o adivinadora por muy preclaros timbres que tuviese, ya que los hechos más tarde probaron al general Gutiérrez y al público que mi pronóstico se había cumplido.

Claro es que la tal adivinación tenía toda la puerilidad de quien dice a un niño:—si te comes esos diez plátanos que tienes en la mano, vas a reventar.

AL PIE DE UNA PESADA ARGUMENTACION.

Nada más eficaz ni democrático que una asamblea numerosa discutiendo y pesando cualquier asunto. De todo concurso emerge siempre alguna idea luminosa, por ignorantes que sean los que discuten; algún destello de honradez, por inmorales que quiera considerarse a los asambleístas.

En la Convención de Aguascalientes había los elementos necesarios para llegar a un resultado práctico y conciliador.

Pese a la heterogeneidad de sus elementos (los había ignorantes, torpes, egoístas, cultos, honrados y generosos), los acuerdos que de ella hubiesen emanado, por el fruto de una discusión colectiva, hubiesen, a no dudarlo, tenido altezas de miras, desinterés y práctica y patriótica realización.

Las colectividades —lo dice Gustavo Le Bon— tienen tino y atingencia en sus juicios. Véase, si no, cómo el público de cualquier espectáculo que, analizado individualmente, es ignaro, colectivamente sabe juzgar con raro acierto.

La convención de Aguascalientes, pese, pues, a su heterogeneidad, estaba capacitada para resolver con tino y provecho para la República los trascendentales asuntos a ella encomendados.

Pero la Convención cometió dos errores fundamentales: reunirse en un sitio no neutralizado y dar voz y voto a los delegados zapatistas.

Analicemos el primero:

Fué el mismo general Antonio I. Villarreal, probo y culto ciudadano, quien, en plena Convención, declaró que a las mismas puertas de Aguascalientes los dieciochomil hombres de la división del Norte desmentían con su presencia la neutralidad de la histórica ciudad.

No digamos presión armada: la moral tan sólo debe consentirse sobre los hombres encargados de armonizar bandos enemigos.

La libertad, sobre la inteligencia y la cultura, debe preponderar en toda asamblea que haya de legislar, elegir o juzgar. Que la conciencia pueda libremente manifestarse en el voto, erróneo o acertado, pero sincero, emanado de una convicción profunda.

Que no sean ni el temor al castigo ni el amor al premio, móviles de los actos, ni consejeros de las resoluciones; que,

fuera de toda influencia y a solas consigo mismos, los ciudadanos digan desapasionadamente lo que piensen y lo que crean.

Admitiendo que los asambleístas de Aguascalientes hubiesen sabido colocarse más allá del bien y del mal, desdenando mil bayonetas de la división del Norte, aún así la preponderancia militar del general Villa en aquella región da al Primer Jefe señor Carranza y a sus partidarios un argumento formidable para recusar los acuerdos de la Convención. Puede, fundamentado en razones de lógica elementales, considerar nulo cuanto resolvieron los convencionales, puesto que sus deliberaciones y votos no se cobijaron bajo la bandera de una libertad auténtica.

Y puede el señor Carranza, en apoyo de su opinión, aducir el hecho de que muchos de sus más adictos partidarios votaron en su contra, cosa que no hubiesen hecho de encontrarse en un terreno neutral.

Quizá, sin embargo, los convencionales, nuevos hombres de Plutarco, consideren que nada alteró su inmutable patriotismo, y que cuanto pensaron y dijeron fué sólo eco de su conciencia; pero, aún así, queda siempre en pie, para los carrancistas, el argumento de la no neutralización de Aguascalientes.

DON EULALIO I EL CANDIDO.

El general Don Eulalio Gutiérrez, de quien, por lo demás, sabemos que es honrado y valiente, deberá ser llamado, de hoy en adelante, por los historiadores, DON EULALIO I EL CANDIDO. Y este título es más legítimo que el de HERMOSO para Felipe o el de CRUEL para Don Pedro.

Don Eulalio, ducho en asechanzas guerreras y en celadas y ardidés estratégicos, nada sabía de las escabrosas sorpresas de la política, y con su indómito corazón, toda sinceridad campesina, fué y se coló en la gran Convención de Aguascalientes. Besó, con lágrimas en los ojos, la bandera patria y dió en todas las votaciones su voto, guiado tan sólo por el dictado de su conciencia.

Nada supó su ingenuidad rural de que sólo dos eran los partidos beligerantes: carrancismo y villismo; nada de lo teórica e impotente que a la postre tendría que resultar la Convención; nada de las funciones de puente legalista que siempre aspiró a darle a la tal asamblea la División del Norte; nada, en una palabra, de cuanto pasaba en el complicado escenario, supo Don Eulalio; a pesar de hallarse entre bastidores, sugestionáronlo el colorete y las decoraciones, del mismo modo que si hubiese estado en última fila de galería.

Los directores de la política villista, cuando sintieron el instante propicio para la elección de un presidente relámpago, que fuese el eslabón que pudiéramos llamar de la TANTEADA, para que después ingresase el otro más adicto y eficaz, echaron una ojeada inquisitiva por el salón de sesiones, y todas las miradas cayeron sobre la aureola de candidez que nimbaba a Don Eulalio, quien, hierático y mudo, nada de aquella tempestad de pensamientos barruntaba, metido en el caparazón de su ingenuidad.

En la elección de aquel hombre honrado a todas luces, convinieron todos, unos por cálculo y otros de buena fe; y Don Eulalio, conmovido hasta sus cimientos, juró todo lo que le pidieron y protestó cuanto quiso la Convención, enloquecida de entusiasmo.

Pasada la solemne protesta, todos juraron adhesión y respeto al nuevo mandatario.

El general Villa y sus partidarios más conspicuos, más que ningunos otros, prometieron a Don Eulalio I toda su adhesión y obediencia. Pero todas estas cosas tan bonitas iban a durar tan sólo (por complicadas razones que Don Eulalio no entendió jamás) quince breves días. Tan breves, que quizá no bastasen siquiera para que Don Eulalio se diese cabal cuenta de la colocación de las escaleras del Palacio Nacional.

El error de Don Eulalio fué el mismo sufrido por algunos otros convencionales: creer que la Convención constituía un partido político, o mejor dicho, una nueva orientación en la política nacional. Jamás la Convención fué otra cosa que un ardid político, en el cual el villismo pretendió envolver al carrancismo.

La honradez y la recta filiación política de Don Eulalio fueron admirable pantalla para encubrir los verdaderos propósitos del villismo. Don Eulalio fué nombrado presidente por *L'ESPACE D'UN MATIN*, para que, colocando horizontalmente su cuerpo, sirviese de puente a las intenciones del villismo.

Tan sólo se le nombró presidente para que, en calidad de conserje, fuese abriendo las puertas por las cuales había, después, de pasar el villismo. Don Eulalio era la avanzada que, con la legalidad que pusiera en sus manos la Convención, iba a legalizar también el gobierno que viniese después.

Don Eulalio, angustiado seriamente por todo el aparato

cívico de la asamblea de Aguascalientes, se olvidó de lo fugaces que son quince días, y, parsimoniosamente, designó su gabinete, y dió, a quienes consideró adictos, carteras que, de haber caído en manos de los efímeros secretarios de Estado, éstos no hubiesen logrado siquiera, en tan corto espacio tiempo, ni sorprender la combinación del broche para abrirlas.

Es preciso que se convenza usted, Don Eulalio, de que se ha querido hacer de usted un instrumento, un medio, para satisfacer determinadas ambiciones y para realizar preconcebidos proyectos.

El carrancismo y el villismo están frente a frente. Ellos, carrancistas y villistas, son los únicos en pugna, y quien pretenda nulificar ambas fuerzas, quitándoles el poder para conferírsele a un tercero en discordia, es un inocente digno de morir si reencarnase el rey Herodes.

Entre dos fuerzas beligerantes se conseguirá que preponderare una: la más fuerte; y si, por acaso, las enrevesadas camándulas de la política buscan algún hombre que concilie los antagonismos, éste tendrá fatalmente que ser tan sólo un medio moratorio que facilite el éxito al partido que supo vestir con ropajes de legalidad y conciliación a quien sólo será un testafarro inconsciente de complejas maquinaciones cuya trascendencia no alcanza.

Los hombres sencillos como el general Eulalio Gutiérrez, que no conocen a Maquiavelo ni al Príncipe de Benevento, son siempre los escogidos para tan desairados y peligrosos papeles.

El general don Eulalio Gutiérrez, embriagado por vanas liturgias patrióticas, baila sobre el tinglado político una danza con música del general Villa y letra del coronel González Garza.

LA LUNA DE MIEL DE FRANCISCO VILLA.

Breve como un huracán, categórico y claro como un rayo, hórrido y calosfriante como la muerte, fué el paso de Francisco Villa por esta Capital.

Francisco Villa fué recibido con escepticismo y recelo: no inútilmente se tiene una bien consolidada fama de inmoralidad y bandolerismo. Se le veía con la misma curiosidad con que viéramos los tigres del circo Treviño hace quince años. A nadie fué simpático el fiero y primitivo aspecto del soldadón, y mucho menos a quienes, como nosotros, adivinamos en su bestial mandíbula inferior el recipiente de todos los apetitos y la prueba de los más desenfrenados y criminales instintos.

Escribimos estas líneas con toda nuestra más honda sinceridad y como hombres, primero, y como mexicanos, después, pedimos a quien gobierna los destinos de los pueblos salve a México de ese hombre a quien sólo la más negra fatalidad pudo dar por un instante el poder de arañar las patas de la silla presidencial.

Es costumbre inveterada de ciertos periodistas decir horrores del que se va y viles elogios del que llega. Nosotros, lo diremos concisamente, hicimos cuanto pudimos en contra de Huerta; hicimos antivillismo y labor revolucionaria cuando el Gobierno del Sr. Carranza, y, por último, enmudecimos por miedo en tiempo de Villa, y vivimos anodinamente con un odio profundo en el corazón y una gran esperanza en el cerebro, porque ella fué siempre hija de la razón y del análisis: siempre esperamos y creímos que aquel gran obelisco de inmoralidad con «suéter» de lana habría de derrumbarse.

En esta ciudad, a quien se ha llamado vil, y que no es sino egoísta, perezosa y desdichada, hubo elementos reaccio-

CAPITULO IX.

Cuando los acontecimientos de Aguascalientes dividieron definitivamente a los traidores de los revolucionarios honrados, el general Obregón abandonó la Capital para incorporarse a Carranza y yo quedé en México por indicación del propio José Ugarte para laborar en mi periódico «El Sol» en favor de la causa de la justicia, dentro de lo posible, como lo hice cuando el Gobierno de la usurpación.

Dos o tres ocasiones publiqué en «El Sol» noticias constitucionalistas embozadas y otras tantas veces fui encarcelado y amenazado. Guardé, entonces, heroicamente, silencio, ordenando a la Redacción hiciese el periódico lo más medido posible, porque tuve también grandes temores de suprimirlo, receloso de que esto acabase de perderme, ya que estuve siempre señalado como elemento de filiación carrancista.

En toda esa época no escribí un solo artículo de política. Esperé que el general Gutiérrez comprendiese su ingenuidad y que los veloces zapatistas huyesen, para decir lo que no pensaba, como con gran estupor de la Metrópoli lo dije en mi artículo que sigue:

narios que esperaban su salvación de manos de Villa, y hubo otros elementos, egoístas, burgueses o plutocráticos, que creyeron también salvada su molicie por obra de la entonces llamada poderosa fuerza militar de Villa.

Los primeros vieron defraudada su esperanza con la más categórica, amenazante y . . . efímera declaración de Villa: la reacción será aniquilada, aplastada, pulverizada, y, quince días después, llamaba a los ex-federales «hermanos míos» y los abrazaba hasta congestionar de lágrimas sus ojos rojizos de carnívoro.

Los reaccionarios viéronse, pues, primero vejados, y asesinados muchos de ellos después, para llamárseles angustiosamente a la hora suprema del desmoronamiento.

Los burgueses, ricos y egoístas, resultaron los más profundamente decepcionados: ellos fueron los secuestrados; exigióle rescates fantásticos una turba de coroneles asesinos é insaciables.

La clase popular, entre la cual quizá el bajo origen de Villa pudo engendrar alguna simpatía, necesitó pocos días para convencerse de que Villa carecía por completo de sentimientos democráticos; que era un déspota altanero e impulsivo, con los ojos puestos en un ilimitado horizonte de ambiciones y los pies apoyados en millares de bayonetas pagadas con sangre, con dinero de la Nación y con las más amplias libertades para el crimen.

Necesitáronse tan sólo unos cuantos días para que el rumor popular amortiguado por el miedo, repitiera por todas partes las villanas noticias; el rapto de la propietaria del Hotel Palacio; el secuestro de los hermanos García, etc., etc. Y, los días subsecuentes, nuevas noticias seguían corriendo de boca en boca, y así fué como casi fueron precisas horas solamente para que se derrumbase el prestigio de hombre

fuerte y de orden que a Villa supieron levantarle sus siempre bien remunerados propagandistas.

La luna de miel de este caudillo, como la de otros muchos, según la frase admirablemente gráfica de Bulnes, obscurióse bien presto, y conforme corría hacia Chihuahua el tren en que viajaba el General en Jefe de la ya desmembrada División del Norte, las gentes iban viendo más claro y sintiendo estremecimientos de angustia, como siempre sucede al salir de un gran peligro.

La luna de miel de Francisco Villa se halla en menguante y tendrá que apagarse por completo, porque quien como él quiere el poder contra toda ley y razón, tan sólo porque se apoya en una fuerza militar mercenaria, inagotable en sus exigencias, es, fatalmente, víctima, o de sus propios vicios o de la misma soldadesca que lo puso en el pavés para cobrarle, en todas las monedas, la púrpura imperial que colocó en sus hombros.

Ese hombre tiene que perecer; su destino fué exactamente como el de un cohete: subió por obra de la pólvora, estalló a regular altura en un fuego brillante y fugaz, y cayó obscuramente en el abismo de la noche, indiferente y muda.

Si Villa no perece por obra de su propia inmoralidad, será víctima de la soldadesca que pretende cubrirlo con la púrpura imperial.— Véase lo que dice el grande y sabio don Francisco Bulnes, a ese respecto:

«La soldadesca pide, por precio del poder, que el caudillo posterior sacie todos los apetitos rapaces y brutales de la turba militar, colocándola desde luego fuera de la justicia, de la disciplina, de la probidad, del patriotismo»

«En la Roma imperial tuvo lugar la apoteosis del pretorianismo. Los generales que obtuvieron la púrpura por el su-

fragio orgiaco de la soldadesca fueron veinticuatro. De ellos los soldados asesinaron a diecisiete.»

Estos hechos, de rigurosa comprobación histórica, son profundamente consoladores.

Ignoramos qué hombres serán en definitiva los que gobiernen este país, del cual nadie puede prever las turbulencias y las anomalías. Ignoramos si ellos serán alumnos de los que ya conocemos y entre los cuales (ya lo probaremos) los hay patriotas y honrados, o si serán otros nuevos en el arte del gobierno, o desconocidos para nosotros; pero quienquiera que sean, y como quiera que pueda imaginárseles, no podrán jamás convertir en cuadrilátero ese triángulo de ignominia cuyos lados, iguales, son Victoriano Huerta, el villano; Francisco Villa, el bandolero, y Félix Díaz, el imbécil.

No caben eufemismos: durante los gobiernos fugaces de Gutiérrez y Roque González, estuve poseído del miedo. El selló mis labios, aunque no amortiguó mis convicciones que irrumpieron ferozmente cuando la triunfal entrada del general Obregón en México me quitó la triste anquilosis de la mano.

CAPITULO X.

Al día siguiente de escribir el artículo que antecede salí para Veracruz, capital provisional de la República y residencia del Primer Jefe del Ejército Constitucionalista.

En Veracruz encontré orden, profunda fe en el triunfo de la causa, algunos amigos, muchos enemigos y poco calor.

Se me persiguió, pero las persecuciones me parecieron pocas porque realmente mi labor en *El Sol* parecía, en su última época, dudosa a quien no me conociera y a quien ignorase las circunstancias. Además yo estaba resuelto a seguir el camino de mi convicción. Sin embargo, no dejó de parecerme triste lo que me sucedía. Llegó hasta comunicare oficialmente el Gobernador de Puebla general Coss, que yo era extranjero.

Sin embargo, no me quejé ni eché a nadie la culpa de mis contratiempos. Me propuse tabajar y esperar.

Durante mi labor de Veracruz, primero, de Puebla, después y de Veracruz nuevamente, escribí los artículos que siguen y que por sí solos van indicando las diversas impresiones producidas en mi espíritu por los acontecimientos.

LOS BRILLANTES CORONELES Y LOS BRILLANTES DE LOS CORONELES.

Los constitucionalistas no queremos ni la estimación de los malos, ni la aclamación de los necios, pero trabajamos

por conquistar la opinión de los hombres liberales y queremos la simpatía de los hombres de bien.

La causa constitucionalista goza en todas partes de lo que estrictamente se llama popularidad. El obrero que ha visto crecer su salario y el campesino, dueño de un pedazo de tierra por obra de la revolución, aman el movimiento libertario y, cuando no lo comprenden, lo sienten.

En las ciudades donde habita la burocracia rutinaria y tímida, donde hace sus largas y egoístas digestiones la burguesía y donde la llamada aristocracia fragua sus incestos y mastica su despecho, residen los enemigos de la revolución. El empleado, porque tiene el mismo sueldo que hace 20 años, a pesar de costarle ochenta pesos un par de zapatos; el tendero, porque se dictan leyes que limitan sus abusos; el señoritín escuálido y vicioso, porque no tiene influencia y le quitaron el automóvil.

Hé ahí a los enemigos del constitucionalismo en casi todas las ciudades, contando aparte, naturalmente, a los innumerables curas, que con la tonsura cubierta de pelo, por obra del miedo y del tiempo, lanzan maldiciones contra nosotros fraguando conspiraciones y predicando rebeldías.

Estas gentes que hemos señalado y que son esencialmente conservadoras, porque tienen enmohecido el espíritu, unas, endurecido el corazón, las hijas de Mercurio, y petrificado el cerebro, por seculares degeneraciones, otras; faltas de argumentos contra los principios de la revolución, no teniendo qué tachar al Primer Jefe y a las principales figuras revolucionarias, fabrican sus ataques con pequeñeces, descenden a los casos concretos, miran un pequeño defecto y se tapan los ojos para no mirar un gran beneficio.

Aquí tenéis, dicen pérfidamente, al coronel Zutano que anoche en una orgía gastó diez mil pesos; y Fulano que

trae los dedos constelados de joyas cuando hace un mes se moría de hambre, y Perengano que asesinó en tal parte a un su enemigo personal. Y los casos concretos, siguen de boca en boca relatándose y creciendo. Se les adorna con detalles hiperbólicos, se compara a los generosos ciudadanos armados de hoy, con los míseros soldados federales que no robaban, porque no tenían oportunidad; pero que cuando se les presentaba legaban a la historia del robo el nombre insignificante de Joaquín Maass.

No comprenden que hay un abismo entre los coroneles brillantes y los brillantes de los coroneles.

No, señores, cuando se trata de una colectividad tan grande como el constitucionalismo, los casos concretos no prueban nada. Cuando se trata de principios, de ideas, los hombres no significan nada.

Si arguyéramos como nuestros enemigos, sacaríamos de cada pueblo un fraile panzudo y bellaco de una sola pluma; porque un mal cura violó una virgen, tacharíamos a la religión católica de nociva a la sociedad.

¿Qué culpa tienen las admirables predicaciones de Cristo, su santidad y sus generosos principios de que en ocasiones el mismo Pontífice romano fuese un sibarita y sensual indigno? ¿Los cardenales pederastas, sadistas y envenenadores, arrojan una sola mancha sobre la pureza espiritual de Cristo?

En las pequeñas colectividades se encuentran miembros podridos. En una familia de cinco hermanos hay uno ladrón; en un tribunal de nueve magistrados hay uno venal; en un batallón hay un soldado cobarde; entre los trece apóstoles de Jesucristo hubo uno que negó a su maestro, otro que dudó y otro que traicionó.

Los generales asesinos y los coroneles ladrones no amen-

guan la austeridad de Carranza ni afectan a los principios de la revolución.

Una revolución como la nuestra, cuyas raigambres están metidas en el corazón de nuestra historia, y cuyos principios, de un ilustre abolengo, son los del Progreso, se encuentra tan lejos de las pequeñeces que señalamos, como el Evangelio, de un sacristán que se roba los cabos de vela.

¿Y por qué no se corrigen esos males?, dicen los incansables detractores. Porque se corrigen acá y saltan allá; porque son, por la misma índole de un movimiento revolucionario—que, ya lo hemos dicho, es un poco caótico,—inevitables, pero, sobretodo, transitorios. Cuando volvamos al equilibrio la depuración se hará y esos espúreos elementos desaparecerán fatalmente.

Esa propaganda hecha en contra del constitucionalismo por medio de la vulgarización de los pequeños casos concretos, es inicua, porque hay hombres de buena fe que suelen dejarse sorprender y que, si no hostiles, sí se muestran recelosos de nuestra causa. Para ellos han sido estas argumentaciones.

Queremos el concurso de todos los hombres de buena voluntad; de todos los que sepan mirar más hacia arriba que hacia abajo. De aquellos que sientan más admiración por la grandeza de Carranza, que cólera por la pequeñez de Fulanito.

Penetremos en el espíritu de las cosas: queremós según la frase de Adrián Duport, fundador de los Jacobinos: «trabajar por lo más hondo del alma.»

Los que sientan cólera o envidia por los brillantes de algún coronel ladrón, que miren los dedos de Carranza.

El constitucionalismo (la causa liberal) y la integridad de su Jefe, lo demás no tiene importancia.

Primero los principios, después los principios y siempre los principios.